

Jueves 17 de mayo del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Tiempo de rectificar

El pasado 11 de mayo el Gobierno foxista anunció recortes al presupuesto federal que no correspondieron a la expectativas que habían generado. En efecto, días antes los voceros presidenciales anunciaban un plan de contingencia para evitar que la economía nacional se colapsara, sobre todo, explicaban, por la desaceleración en la que ha entrado la economía internacional, y sobre todo la norteamericana. En México, para evitar aumentar el déficit público, el Gobierno tenía que ajustarse el cinturón, hacer recortes en sus gastos para compensar la caída de los ingresos petroleros, cifrados en 3 mil 375 millones de pesos durante el primer trimestre del año. El llamado "Programa para Fortalecer la Economía. Acciones de un Gobierno Responsable" se circunscribió a un ajuste por la misma cantidad, consistente básicamente en recortes a los presupuestos de trece programas y dependencias del Gobierno federal.

Pero las medidas no parecen convencer a nadie. Para los críticos que se sitúan en el flanco izquierdo, el plan es inoportuno y realmente no implica una reducción sustancial del Presupuesto de Egresos de la Federación. Lo verdaderamente importante estaría en recortar los sueldos y gastos de los funcionarios de primer nivel de la administración pública federal. Si así se hubiera hecho, las cifras de ahorro serían mayores que las anunciadas. Se trata de trasladar el costo a los ciudadanos y no a la burocracia política. Para los críticos desde la derecha, los recortes se quedaron cortos y no tocaron el verdadero corazón de los dispendios gubernamentales: La base de la burocracia. No importa que tales medidas pudieran haber sido más onerosas para el Gobierno, que tendría que haber invertido grandes montos en las indemnizaciones de ley, o que se hubiera incrementado el número de desempleados, que por supuesto la iniciativa privada ni está en condiciones ni desea incluirlos en sus plantillas.

Ante la rotunda negativa que ha recibido por parte de la ciudadanía la iniciativa de Nueva Hacienda Pública Distributiva, el presidente Vicente Fox decidió cambiar de estrategia: Transitó de su discurso optimista a uno relativamente realista, pero sin admitir que la recesión nacional puede caracterizarse como una situación de crisis. El equipo gubernamental pasó de su promesa de campaña de que la economía crecería a un ritmo del 6% anual. En realidad ya la había modificado al presentar su programa para el presente año bajando la meta a un 4.5%. El viernes pasado los voceros presidenciales anunciaron que la economía sólo podrá crecer entre 2.5 y 3%. Algunos analistas señalan que los datos de la desaceleración económica se conocían desde meses antes, pero que por motivos de mercadotecnia política, Fox y su equipo maquillaron las cifras. Se trataba de ganar las elecciones y generar consenso en torno al nuevo Gobierno. Con esto Fox utilizó la misma estrategia que en los dos últimos sexenios priistas: Maquillar las cifras económicas con fines políticos; hacer creer a la población que vamos muy bien para triunfar en las elecciones. Hay sin embargo en la estrategia presidencial una contradicción evidente: Por un lado, el mismo día de presentación del paquete reductivo, Fox declaró desde Monterrey que nuestra economía "va de maravilla", es decir, se empeña en ocultar las debilidades. Pero por el otro, instrumenta una política de recortes al gasto público para presionar a que se apruebe su propuesta de la nueva ley hacendaria. Cada vez parece más evidente que el objetivo es presentar al Congreso de la Unión como el culpable de los recortes por haber diferido la aprobación de la reforma fiscal. Se trataría de un verdadero chantaje, que nos hace recordar la campaña electoral de 1997, cuando el PRI se empeñó en difundir la idea de que si no ganaban sus candidatos el país se hundiría en el caos económico.

Somos testigos de nuevo de la política esquizofrénica que instrumenta el Ejecutivo. Una vez más se lanza al ruedo pensando que su capital político es infinito; parece que se empeña en dilapidar la confianza que depositaron en él los electores el 2 de julio. Por ese camino, el desencanto por el cambio gubernamental llegará muy pronto. Fox debe tener claro que ya no se encuentra en campaña, que es Presidente de todos los mexicanos y que la demagogia no resuelve los problemas. Deberá empezar a entender que la tarea de gobernar es más compleja que el mero sentido común. Por el bien de todos deberá cambiar pronto sus estrategias, claro, si es que puede.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.